



La ejecución de Hallāy

Historia adaptada del *Memorial de los santos* de 'Attār



Por la mañana, cuando las llamadas a la oración se hacían eco de un minarete a otro en los cielos de Bagdad, los guardias conducían al prisionero cruzando el patio embaldosado. Miles de personas se habían reunido para ser testigos de la ejecución, llenando la plaza de la ciudad y formando filas por las calles.

Sostenido por los brazos de los guardias, Hallāy caminaba hacia el patíbulo con pasos ligeros, como danzando en un raptó, las cadenas de sus piernas y brazos balanceándose como serpentinas en el viento. Cantaba así: «La Verdad, la Verdad, la Verdad. Yo soy la Verdad».

De entre la multitud que los rodeaba, un comerciante vestido con ricas galas gritó a Hallāy: «¿Cómo puede un condenado a muerte pavonearse tan altivamente?».

Hallāy se paró y se volvió hacia él, diciendo: «Porque voy de camino a Mi hogar. No voy a culpar a Mi Amado por esto. Él me obsequió con el vino que ofrece el Maestro de la Taberna a sus invitados. Luego, después de pasar la copa, Él pidió la espada y la estera del sacrificio. Esta es la suerte del que bebe vino añejo con el Dragón en pleno verano».

Nadie en la multitud llegaba a entender lo que estaba diciendo.

Al pie del cadalso, Hallāy se arrodilló y besó la escalera que lo conduciría arriba. «Todo lo que Te había pedido, ¡Amado mío!, me lo has concedido». Luego subió la escalera.

El guardia le preguntó con sorna mientras lo levantaba sobre la horca: «¿Qué tienes que decir ahora, cardador?».

Hallāy replicó: «El viaje espiritual de un hombre verdadero termina en lo alto de la horca».

Hallāy se dirigió luego, desde la horca, a Dios: «Aquí estoy en la morada de Mis deseos, donde contemplo Tus maravillas. Tú que ofreces tu amistad incluso a los que se portan mal contigo, ¿no se la ofrecerías a este pobre sobre quien se vierten todas las culpas sólo por Ti?»

Más tarde, Shebli, vestido con una túnica harapienta llena de remiendos, salió de la muchedumbre y se paró frente a Hallāy. Era un noble *šawānmard* (joven de espíritu) de Jorāsān, chambelán de Muwaffaq antes de entrar en la Senda sufí, que había sido también acusado, como su compatriota Hallāy, de proferir blasfemias contra la religión, al proclamar la Unidad con Dios. Pero, a diferencia de Hallāy, fue tomado por loco y escapó de los clérigos ortodoxos musulmanes. Entonces, se dirigió a su compañero:

«Al haber alcanzado la meta, ¡oh, amigo!, dime: ¿qué es el sufismo?».

Contestó Hallāy: «Su grado más bajo es el que tú contemplas ahora».

Volvió a preguntarle Shebli. «¿Y cuál es entonces su grado más alto?».

Hallāy replicó: «Está más allá de tu alcance. Pero ma-





ñana lo contemplarás. Parte de su misterio es de lo que seré testigo, mientras que para ti, aún permanece oculto».

Hallâý gritó: «Aquellos que no creen en el momento del Juicio Final se burlan de su llegada. Pero aquellos que lo conocen verdaderamente, lo esperan con un amor apasionado, porque significa regresar al Amado».

De entre la multitud, un *darwish* le preguntó: «¿Qué es el amor?», y Hallâý contestó: «Lo verás hoy, lo verás mañana y lo verás pasado mañana».

Aquel día le cortaron la lengua y las manos y lo decapitaron. Al día siguiente lo quemaron y, finalmente, al otro día, echaron sus cenizas al viento.

Esa noche Hallâý se apareció a Shebli en un sueño.

Preguntó al mártir del amor, Hallâý: «¿Qué les ha hecho Dios a los que fueron testigos de tu muerte?».

Hallâý le replicó: «Los perdonó a todos, tanto a los que mostraban odio, como a los que mostraban compasión. Los que se compadecieron de mí, lo hacían porque me comprendían. Los que me odiaban, lo hicieron porque no me comprendían y estaban guiados por su celo hacia Dios. De esta forma, a todos los bendijo con Su gracia, pues cada grupo tenía su justificación y actuó sin maldad».

